

Robin Hood

Título original: *Robin Hood*
Versión para niños de Mia Peluso
Ilustraciones de Augusta Curreli

Primera edición: 2014

© de la edición original: 1993 Ugo Mursia Editore S.p.A. Milán. Italia
© traducción: Miguel Ros González, 2014
© de esta edición: Bóveda, 2014
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-15497-36-3
Depósito legal: Se. 858-2014
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Robin Hood

Alexandre Dumas

Adaptación de Mia Peluso
Ilustraciones de Augusta Curreli
Traducción de Miguel Ros González



boóveda



El pequeño príncipe del bosque



CORRÍA EL AÑO 1622 de la era del Señor y el gélido invierno estaba tocando a su fin. En el oscuro bosque de Sherwood la niebla era densa, y la luna, que aparecía y desaparecía entre las nubes negruzcas, arrojaba sombras violáceas. Dos figuras cubiertas de barro cabalgaban, cansadas, entre los árboles sacudidos por el viento.

—Hemos llegado —dijo entre jadeos el más joven, señalando una pequeña luz en las tinieblas. Llevaba una tosca túnica de cuero y una capa áspera, que indicaban su condición de escudero—. Ahí está la casa del guardabosques.

La luna se asomó entre las nubes e iluminó durante un instante una casita de madera con el tejado cubierto de paja. Una cálida luz dorada se filtraba por las dos pequeñas ventanas.

—¿Nos podemos fiar de ese hombre, Ritson? —le preguntó su compañero, un caballero. Se podía ver que era un noble por su porte erguido, enfundado en la armadura salpicada de barro.

—Se lo garantizo, *milord*. ¿Pero no sería más sencillo romperle el pescuezo a este crío? —respondió el escudero, señalando un canasto escondido bajo la capa, donde se agitaba en sueños un niño de rostro regordete que asomaba entre los paños—. Dadme unas monedas de oro y el crío no se volverá a despertar.

—¡Basta, Ritson! —le reprendió el caballero, fulminándolo con la mirada—. Las monedas serán para no decir ni mu sobre el misterio de su nacimiento. Y no añadas ni una palabra más —le amenazó, bajando del caballo en el claro que había frente a la casa.

Ritson se encogió de hombros y agarró por las bridas a los dos animales.

—Como queráis, *milord*. Lo he entendido, ¡punto en boca! —dijo, antes de tocar con gran estruendo la puerta de la casita del bosque—. ¡Ey, Gilbert Head! ¡Abre!

—¿Quién es? —preguntó alguien desde dentro.

—Tu cuñado, Roland Ritson.

La puerta se abrió de par en par y apareció un hombre bajo y macizo, con una gran sonrisa dibujada en el rostro oscuro.

—¡Bienvenido, Roland! Y vos también, señor. Disculpad que os haya hecho esperar, pero en el bosque pululan los bandoleros y la vida ya no es segura por estos lares.

La sala, con el suelo de tierra batida, era cálida y acogedora. Un señor fuego crepitaba en la chimenea, sobre la que colgaba un gran puchero de cobre. Una mujer con la cara rubicunda estaba friendo enormes buñuelos dorados, y un aroma delicioso hizo que los ojos del caballero y de su escudero se quedasen en blanco.

—¡Roland! —exclamó la mujer, corriendo a su encuentro con los brazos abiertos—. ¡Hermano mío!



Después de los abrazos, todos se sentaron a la mesa y los viajeros dieron buena cuenta de los buñuelos chisporroteantes, de la pata de gamo que presidía el centro de la mesa y de las jarras de excelente vino.

—Y ahora vamos a hablar de negocios —dijo al final el caballero, haciéndole una señal a su siervo para que trajese el canasto, que se había quedado escondido en un rincón y donde, por increíble que parezca, el niño había seguido durmiendo con el aspecto más plácido del mundo.

Roland apartó los paños y apareció un bebé de unos quince meses, rosáceo y regordete, con unas pestañas largas y rizadas que le dibujaban tiernos garabatos en las mejillas.

—¡Qué dulzura! —exclamó Margaret, la mujer del guardabosques, juntando las manos.

El caballero parecía satisfecho.

—Este niño es hijo de un compañero de armas muerto durante la guerra, que me lo confió antes de cerrar los ojos para siempre. Me gustaría que lo criaseis hasta que sea mayor de edad. Previa recompensa, claro está. —Y lanzó sobre la mesa una bolsa llena de monedas de oro.

—¡Oh, sí! —gritó la mujer, con los ojos radiantes—. Gilbert y yo no hemos tenido hijos y bien sabe Nuestro Señor cuánto los deseábamos. Lo cuidaré como si fuese mío y cuando volváis a buscarlo me romperéis el corazón. Pero no queremos dinero...

—¡La voluntad de mi mujer es la ley! —dijo Gilbert, arrojando un guante sobre la mesa en señal de juramento. El caballero hizo lo propio y el pacto quedó sellado. El guardabosques y su mujer no iban a aceptar dinero, pero las monedas de oro serían un capital para cuando el pequeño creciese.

—¡Punto en boca! —susurró el escudero antes de ponerse en marcha a la mañana siguiente, tras una noche de reposo en la casita del bosque.

—Todos creerán que es nuestro verdadero hijo —prometió Gilbert, dirigiéndose al umbral para despedir a los dos viajeros.

Margaret sonrió, con el niño en brazos.

—Se llamará Robin —decretó—. ¿No es un nombre bonito, Robin Head? Adecuado para el pequeño príncipe del bosque.

Y, en efecto, Robin Head, al que sus compañeros acabarían rebautizando como Robin Hood, estaba destinado a convertirse en el príncipe del bosque de Sherwood.



Índice



El pequeño príncipe del bosque	7
Un encuentro misterioso	13
El encuentro que acabó en pelea.....	23
El feroz <i>sheriff</i> de Nottingham.....	29
En las entrañas del castillo	37
El alegre pueblo del bosque	47
¡Bienvenidos, amigos!	53
A la sombra de la horca	61
¡Vivan los novios!	71
Robin se convierte en el verdadero príncipe del bosque	79
Jaque mate	87
Ricardo Corazón de León	97